



POR LA PAZ

¡OTAN NO!

¡BASES FUERA!

CUADERNILLO
10

*Resistir y luchar contra la guerra imperialista
que se libra en distintos frentes contra la humanidad entera*



La OTAN, una organización criminal



A la vista del historial y las capacidades de la OTAN, podemos extraer una serie de conclusiones:
La OTAN es el principal instrumento de imposición imperial frente a la voluntad de resistencia y la soberanía de los pueblos. Es una organización política y militar para garantizar la acción coordinada de sus miembros en defensa de los intereses de sus élites, ofreciendo a todos sus cuotas de participación en los beneficios derivados de su acción imperial, al tiempo que actúa como cámara de compensación para resol-

ver las contradicciones y los espacios de influencia entre ellos. Por otra parte, sirve para la militarización de la sociedad y el disciplinamiento de la clase obrera al interno.



Su mera existencia hace que las élites de los estados prefieran su adhesión a la OTAN antes que mantenerse neutrales, a pesar de que ello les hace cómplices de sus crímenes. Consideran que ello les reporta ventajas en términos económicos y estratégicos, sin considerar el daño y la destrucción sobre los países en que interviene.

La incorporación a la OTAN implica una perversa cesión de soberanía puesto que, a fin de cuentas, es la voluntad de los estados más poderosos, sobre todo los EEUU, pero también del Reino Unido, Francia y Alemania la que acaba imponiéndose.

Su actuación como entidad homogénea es complicada, ya que requiere la unanimidad del Consejo. Sin embargo, resulta fácil a los más poderosos comprar la voluntad de los socios menores a cambio de ciertas concesiones o simplemente, bajo chantaje. No obstante sus miembros usarán de la infraestructura, armamento, procedimientos, etc. comunes, en el caso de que la falta de unanimidad fuerce a algunos de sus socios a emprender operaciones multinacionales por su cuenta y no de la OTAN en su conjunto.



Su razón última reside en la posesión de un potencial militar que no tiene parangón, aunque interviene en todo un rango de acciones diplomáticas, políticas, mediáticas, económicas, propagandísticas y de inteligencia sin que, en la mayoría de los casos, sea necesario su uso para conseguir sus objetivos.

Aún sin intervenir directamente, actúa como un poderoso mecanismo inhibitor para los movimientos de liberación populares, que se sienten intimidados por su potencial destructivo e impiden una genuina expresión de soberanía.

Llegado el caso de recurrir a las intervenciones militares, sean de la OTAN como organización o de algunos de sus socios únicamente, estas pueden ser directas y abiertas (Yugoeslavia,

Afganistán) como total o parcialmente subrogadas a potencias regionales aliadas (Yemen, Somalia) o, en el paroxismo de la criminalidad, a mercenarios fanatizados (Libia, Siria) y, más a menudo, a una combinación de ellas. En todo caso, injustificables como acciones defensivas.

La utilización por las potencias de la OTAN del fundamentalismo islamista para la destrucción de los gobiernos discolos, inaugurado por los EEUU en Afganistán contra la URSS con el soporte intelectual y material de las monarquías árabes, ha devenido en el instrumento más letal de cuantos se han empleado, liberando a sus fuerzas militares del trabajo sucio en el terreno, al tiempo que se oculta pudorosamente la responsabilidad de su intervención. La consecuencia inmediata ha sido la multiplicación incontrolada de las acciones terroristas en todo el planeta, aunque sobre todo, en los países de mayoría musulmana. Resulta por ello insultante la presencia de personajes tan siniestros como los presidentes de los principales países de la OTAN, Israel o Palestina en las movilizaciones masivas organizadas en las grandes capitales europeas en repudio de los atentados perpetrados en su territorio por los mismos agentes de las fuerzas destructivas desencadenadas por ellos mismos. Ello hace que las intervenciones imperialistas pasen desapercibidas para la mayoría de las poblaciones occidentales, que otorgan su temeroso consentimiento a las escaladas militares. La brutalidad de sus acciones, convenientemente amplificadas por los medios y la propaganda, resulta un excelente acicate para las campañas belicistas y la militarización de la sociedad.



La OTAN ha venido esgrimiendo permanentemente la amenaza de un supuesto enemigo que pone en riesgo la seguridad de occidente: la URSS, el terrorismo internacional, Irán, Corea, ahora Rusia... Pero es su actitud belicosa la que provoca las reacciones desesperadas de fanáticos deshumanizados y las legítimas medidas defensivas de los estados acosados.

La gran desestabilización provocada por la OTAN ha conllevado a una carrera desenfrenada de armamentos en todo el planeta. Los gastos militares suponen una gigantesca exacción de recursos públicos, cuyos beneficios van a manos privadas, sin que sea preciso siquiera su empleo. De manera que, no solo se pone en riesgo a las poblaciones, sino que además se las depauperiza. Por otra parte, los grandes beneficiarios de este entramado son las corporaciones del complejo industrial-militar, del que sus máximos representantes son casi en exclusiva los únicos que han quedado a salvo del masivo desplazamiento a países subdesarrollados de la otrora boyante industria euroatlántica.

Por último, la UE ha declarado que su "defensa colectiva" descansa en la organización criminal OTAN, inhibiéndose sus responsables políticos en su obligación de buscar una política de seguridad integral que garantice a sus poblaciones un digno nivel de vida, al tiempo que cesa en su empeño en mantener la explotación y el dominio de los países periféricos.

Treinta y seis años después de la entrada de España en la OTAN, no solo estamos en su estructura militar, sino que aportamos un número muy elevado de instalaciones y fuerzas

a disposición de la OTAN, al tiempo que permitimos la libre operación de las fuerzas norteamericanas desde sus bases en nuestro territorio. El silencio de la sociedad ante nuestra activa participación en los crímenes de la OTAN resulta pavoroso. Solo un poderoso y coherente movimiento de oposición, coordinado en todos los países, puede obligar a nuestros gobernantes a detener esta locura. Y si no, habrá que cambiarlos. Nuestros hijos nos lo demandan.

